

Colección Letras Chiapanecas

JOAQUÍN VÁSQUEZ AGUILAR

Estudio y selección de textos

Antonio Durán Ruiz

CONECULTA
Chiapas



Joaquín Vásquez Aguilar

Estudio y Selección de textos:
Antonio Durán Ruiz

3

Colección Letras Chiapanecas

UNACH, 2018

Joaquín Vásquez Aguilar

Estudio y Selección de textos:

4

Antonio Durán Ruiz

CONECULTA
Chiapas



Joaquín Vásquez Aguilar

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE CHIAPAS □
CONECULTA - CHIAPAS

Dirección de Divulgación Editorial Digital de
Universidad Virtual

www.unach.mx

5

Dirección Editorial • Lucía G. León Brandi
Diseño & Maquetación • Joshep Fabian Coronel Gómez

Primera Edición Electrónica

Octubre, 2018

Primera Edición Impresa
2018

ISBN de la Colección: 978-607-8573-59-2

ISBN del libro: 978-607-8573-62-2

Esta obra está bajo una licencia de
Creative Commons



Joaquín Vásquez Aguilar

Joaquín Vásquez Aguilar nació en Cabeza de Toro, municipio de Tonalá Chiapas, el 15 de agosto de 1947. Hijo de Emeterio Vásquez y Ascensión Aguilar, realizó los primeros estudios en su tierra natal; la secundaria y preparatoria, en el Instituto de Ciencias y Artes de Chiapas (ICACH); participó en el taller de teatro del maestro Luis Alaminos Guerrero y en las brigadas de teatro campesino organizadas por la Compañía Nacional de Subsistencias Populares (CONASUPO); fue corrector de estilo y coordinó talleres literarios en la Universidad Autónoma de Chiapas y en el Instituto Chiapaneco de Cultura. Falleció en Tuxtla Gutiérrez en los primeros días de enero de 1994.

Entre su obra publicada se encuentran los poemarios *Cuerpo adentro* (1978), *Aves* (1980), *Vértabras* (1982), *Casa* (1984), *Cuaderno perdido* (1989), *Erguido a penas* (1991), *Antología personal* (1993). Póstumamente fue publicado *Pequeño paraíso perdido* (1996), una colección de poemas seleccionados por Luis Alaminos y Rafael Araujo; se sabía que Vásquez Aguilar había escrito un libro que pensaba publicar con ese mismo nombre y que desapareció con su muerte. Luis Alaminos y Rafael Araujo —de acuerdo con este último—¹ dieron al material seleccionado el título de *Pequeño paraíso perdido* como un homenaje al material extraviado; sin embargo, esos poemas aparecieron veinte años después en el libro *Joaquín Vásquez Aguilar. Poesía reunida* (2010) de Luis Arturo Guichard; y aún más tarde, en *Decir lo que me afecta, los cuadernos perdidos de Joaquín Vásquez Aguilar* (2016), este último bajo el sello editorial AFÍNITA y que incluye dos carpetas que la familia entregó a los coordinadores: la de “Pequeño paraíso perdido” y la de “Decir lo que me afecta”, esta última conservada por Guadalupe Vásquez Aguilar, hermano del autor de Cabeza de Toro.

En el año 2010 apareció *Joaquín Vásquez Aguilar. En el pico de la garza más blanca*, edición crítica a cargo de José Martínez Torres, Antonio Durán y Yadira Rojas. En el año 2014, apareció otra antología sobre Vásquez Aguilar realizada por José Martínez Torres, Antonio Durán y Manuel Briones.

1 Declaración personal en octubre de 2015.

Joaquín Vásquez Aguilar fue un niño físicamente débil y enfermizo. Aunque tenía habilidades para el aprendizaje escolar, su situación de pobreza le dificultaba el despliegue de sus facultades. Cuando estudiaba el sexto año de primaria, su profesor, de apellido Matus, indicó a sus alumnos la lectura de un libro titulado *Cielo, mar y tierra*, que propició su gusto por la lectura.

Tomó cabal conciencia de su destino poético cuando ingresó al grupo de teatro que dirigía el maestro Luis Alaminos. Éste le recomendó las lecturas de Federico García Lorca, César Vallejo, Miguel Hernández y Pablo Neruda: “Me fui metiendo en esas lecturas, me fue gustando el ritmo del *Romancero gitano*, sobre todo el tono dramático de Miguel Hernández”, confesó en entrevista con Elva Macías (1996: 9).

Andrés Fábregas Roca y Daniel Robles Sasso fueron los primeros en facilitarle la publicación de algunos poemas en la *Revista ICACH*. Joaquín señala de qué manera sucedió su ingreso:

7

El maestro Andrés Fábregas Roca [...] dirigía la revista, le gustaron mis poemas, pero el espacio ya estaba dispuesto para textos de Daniel Robles Sasso que era el rector del ICACH en ese tiempo. Robles Sasso dijo: “Este joven hace teatro, lo he visto en las obras de Luis Alaminos y si, aparte, es buen poeta, yo le cedo mi espacio, yo he publicado y él publica por primera vez”. A través de Robles Sasso, quien me cedió sus páginas, publiqué en tres números consecutivos de la revista ICACH como doce poemas, entre 1970 y 1972 (Vásquez Aguilar, 1996:10).

María del Carmen Marcela Venegas Díaz (2012: 51-52) dice que Joaquín inició en 1972 una gira a la Ciudad de México con una brigada del Teatro de Orientación Campesina de la conasupo, proyecto dirigido por Eraclio Zepeda. Instalado en la capital, participó en tertulias literarias. Debido a problemas de trabajo, regresó a Chiapas. Sin embargo, volvió en otras tres ocasiones. En la última de ellas, en 1983, trabajó como corrector en el Fondo de Cultura Económica.

Venegas Díaz advierte que la brigada de teatro fue una experiencia fundamental, porque le permitió recorrer todo el país. Después que Joaquín dejó el teatro, se quedó a trabajar en las oficinas de la CONASUPO. El grupo de teatro que se trasladó a la ciudad de México se llamó

“El Surco”: lo integraban Malú Morales, Cielo Pinto, Seto Guzmán, Marlene Toledo y Rafael Padilla.

La experiencia en la ciudad de México fue enriquecedora en muchos sentidos: a Joaquín lo contrariaba la ciudad, pero también le generaba gran inquietud la vida cultural capitalina. Entre 1975 y 1977, la *Revista Mexicana de Cultura*, suplemento del diario *El Nacional*, le publicó el poema “Días del terrible mar” y el ensayo “Los poemas humanos de César Vallejo”.

Un segundo apoyo lo obtuvo del maestro Andrés Fábregas Roca, responsable editorial de la Universidad Autónoma de Chiapas (UNACH), quien le dio el pase de entrada al mundo de la poesía de Chiapas y de México con la publicación de su primer libro *Cuerpo adentro* en 1978, bajo el sello editorial de esta Universidad. Joaquín dijo que con la aparición de este libro su compromiso con la poesía estaba ya firmado, por lo que siguió navegando por esos esteros de imágenes y tropos hasta que fueron apareciendo poco a poco sus demás libros.

Cuando Joaquín trabajaba en la Dirección de Cultura y Recreación del Estado, conoció a David Huerta, a quien le mostró su libro *Cuerpo adentro*. David Huerta sugirió a Jaime García Terrés, en ese tiempo director del Fondo de Cultura Económica, la publicación del libro *Vértabras*, volumen que también reúne *Cuerpo adentro* y *Aves*. Esta publicación se convirtió en la más importante edición de los libros de Joaquín, por la amplia distribución que tiene la editorial.

Venegas Díaz señala que, en 1983, durante su última estancia en la ciudad de México, murió su padre Emeterio Vásquez. Este hecho lo afectó tan profundamente que motivó uno de sus más conmovedores poemas: “Recado de familia”. A partir de entonces, se reinstaló en Chiapas y no volvió más a la capital de la república.

Cuando Joaquín Vásquez Aguilar era niño, la mayor parte de los habitantes de Cabeza de Toro vivía de la pesca y de la agricultura para el autoconsumo doméstico. La agricultura se basaba principalmente en el cultivo del maíz y, en menor proporción, de la sandía; el mango también se cosechaba. El lugar era abundante en flora y fauna.

El poblado se encuentra a dos kilómetros del Océano Pacífico y a orillas del estero conocido como Mar de Cabeza de Toro. El estero se hallaba

rodeado por manglares y magresales que cobijaban gran cantidad de aves, cangrejos, iguanas, peces, camarones. Las casas eran de bajareque. En las noches se alumbraban con candiles de petróleo. Las tareas se realizaban de manera rústica, sin tecnología moderna; se desmontaba a golpe de hacha y machete; las canoas se fabricaban escarbando los tallos de las ceibas y eran conducidas sobre el agua con pértigas de madera, llamadas por los lugareños “varas de palanquear”; se pescaba con atarrayas que manipulaba un solo hombre. El maíz se resquebrajaba en molinos de mano y se amasaba en metates de herencia prehispánica. La carretera era de terracería. Los fertilizantes químicos aún no hacían presencia en este lugar.

Para terminar la primaria, había que ir a Tonalá. En Cabeza de Toro y demás comunidades cercanas se impartía hasta el segundo, tercero o cuarto año de primaria. La enseñanza conservaba todavía algo del espíritu cardenista, los profesores se involucraban con los problemas de los alumnos en su contexto familiar, enseñaban canto, danza, cultivo de hortalizas y otros oficios manuales e impartían cursos vespertinos para los adultos analfabetos.

Con el tiempo, la zona marina a la que pertenece Cabeza de Toro se pobló con grupos humanos que buscaban mejores condiciones de vida; provenían de tierra adentro, generalmente campesinos mal pagados y subalimentados. En la década de 1980, la región comenzó a ser devastada por la deforestación; los esteros mostraron signos de agotamiento por la pesca excesiva, debido principalmente a la sobrepoblación de pescadores, al uso de chinchorros y lanchas de motor fuera de borda. Se pavimentó el camino que conectaba con Tonalá, Puerto Arista y Boca del Cielo. Las carretas tiradas por bueyes fueron sustituidas por camionetas; los fertilizantes químicos aliviaron el trabajo de los agricultores y envenenaron la tierra y las aguas: el alumbrado eléctrico hizo su aparición; las frescas casas de bajareque fueron reemplazadas por las calurosas de concreto, llegaron la televisión y las antenas parabólicas.

El mar dejó de garantizar la alimentación y la pobreza se fue ahondando. Había temor frente a un futuro incierto; algunas familias buscaron mejores perspectivas en las ciudades, consiguiendo empleos o realizando una carrera universitaria. Se tenía la expectativa de que, si alguien llegaba a tener éxito en la ciudad, podría aliviar las tribulaciones

familiares. Dentro de esta expectativa se ubica el poema “La mitad del amor”, del libro *Casa* (1984: 28-29), en el que se hace referencia a las aflicciones de la familia y al prometedor Guadalupe Vásquez Aguilar, llamado cariñosamente Lupito (hermano menor del poeta), la esperanza del hogar:

la una para Lupito
que pasó el examen de admisión
para estudiar
en la escuela náutica y ser ingeniero en máquinas marinas
papá vendió el terreno,
pero Lupito será ingeniero
papá se tiene que operar, pero será ingeniero
mamá reza (será ingeniero, ya verán)
todos los días reza llora trabaja

Joaquín también tuvo que irse a la ciudad de Tuxtla Gutiérrez para continuar sus estudios; a través de las informaciones del profesor, su padre Emeterio tenía noticias de que era un alumno adelantado y que mostraba cariño por los libros, por eso permitió que su hijo buscara fortuna en el mundo urbano.

Joaquín cursó el quinto año de primaria en la escuela Fray Matías de Córdova de Tuxtla Gutiérrez. Regresó a Tonalá donde concluyó la primaria (a la edad de catorce años). Luego volvió a la capital chiapaneca para estudiar la secundaria y la preparatoria; mientras cursaba ésta, se integró a la vida teatral bajo la guía del maestro Luis Alaminos.

La experiencia de su salida de Cabeza de Toro fue padecida como una expulsión y un desmembramiento radical. No dejó de sentirse extranjero en la ciudad. Volvía una y otra vez a Cabeza de Toro, pero un día sintió que su perplejidad ante el lugar amado había desaparecido.

El licor y los libros fueron sus compañeros inseparables; la insoportable realidad urbana tenía que ser paliada de alguna manera. Licor y arte crean otra realidad, transfiguran la circunstancia; uno lo hace en el plano imaginario; el otro, en el simbólico.

En la entrevista con Elva Macías, (1996: II) reconoce la influencia decisiva del autor de *Los heraldos negros*: “[...] siento una coordenada con la poesía humanísima de César Vallejo. [...] Vallejo se vuelve una de mis piedras angulares desde que lo descubro”. Sin embargo, el peruano asume una postura de denuncia social ausente en la poesía de Vásquez Aguilar. Aunque éste incluya la soledad del mendigo, de los desplazados, de los migrantes centroamericanos, de los indígenas, su obra se refiere fundamentalmente a la injusticia, a la tristeza, al desamparo, como un hado.

Joaquín fue un poeta comprometido con su creación. En su formación poética también son importantes, además de César Vallejo y Miguel Hernández, la *Biblia*, el *Popol Vuh*, Ramón López Velarde, Juan Rufo, Pablo Neruda, Vicente Huidobro y Jaime Sabines.

Cuando Joaquín publicó, en 1978, su primer libro *Cuerpo adentro*, la poesía mexicana comenzaba a abandonar el tono serio, como se observa en las obras de Efraín Huerta y de Jaime Sabines. Éstos no sólo se atreven a usar un lenguaje coloquial, aderezado a veces con las llamadas malas palabras, sino que incorporan realidades cotidianas de la vida en la ciudad: plazas y calles, bares y prostíbulos.

José Martínez Torres (1996: 17-18) señala que Joaquín había leído mucho y contaba con una memoria y un oído excepcionales, que sus ideas y juicios sobre la literatura eran sólidos porque se basaban en una penetrante observación de la vida diaria y de los conceptos libresco sobre ésta; observa que el autor de *Cuaderno perdido* tuvo la ventaja, no siempre compartida con los demás autores chiapanecos, de haber vivido en la ciudad de México, lo que representó una más aguda percepción de las virtudes de su pueblo y una formación intelectual más refinada, pues no copió la vida de Chiapas sino que la dramatizó, en ocasiones sacrificando lo verosímil al efecto.

La importancia de su obra en la poesía mexicana aún se está gestando; paulatinamente se va descubriendo y extendiendo el valor de su estética; el tiempo la irá paulatinamente rescatando y ampliará su ámbito de lectores más allá de los actuales círculos literarios y de las fronteras del estado.

José Martínez Torres (1996: 17) observa que la poesía de Vásquez Aguilar podría clasificarse en dos grupos. El primero lo formarían textos “comprensibles”, y que han sido los más conocidos y apreciados, “cuya

finalidad es conmover al lector, apelar a su comprensión y simpatía, como quien dice mentiras con una gran seguridad y también como al descuido”. El segundo grupo está compuesto por poemas crípticos, susceptibles de desorientar al lector, y que son herederos de la vertiente vanguardista de César Vallejo.

La dificultad de gran parte de sus poemas reside en su pretensión de acentuar el desarraigo del mundo desarraigando también el lenguaje, ejerciendo cierta alteración sobre la morfología de las palabras, usando imágenes oscuras. A veces los versos se cortan abruptamente y se vuelven asimétricos. El poeta parece gozar y sufrir las palabras. Sorprenden al lector ciertos juegos propios de su escritura; por ejemplo, fusiona dos expresiones en una sola: “digo a tu mano adiós de mis amores”, en lugar de “digo a tu mano adiós, amor de mis amores”; crea aumentativos a base de repetir el mismo sustantivo: “qué viento viento/qué sol tan sol”; multiplica los sentidos: “en la nube la dijo alejandrina”, en la voz *alejandrina* están implícitas las palabras “alejada” y “lejanía”.

Las expresiones propias del caló chiapaneco, sobre todo del que se habla en la zona marina, el uso de minúsculas y la falta de signos de puntuación expresan la liga con la infancia, con lo pequeño, con el afán de hacer una escritura que se acerque a lo elemental, a la inocencia.

La asimetría de algunos poemas acentúa el quiebre de la existencia, la irrupción del azahar en forma de tropezones, de rupturas. La abundancia de sinestesias le permite sintetizar diferentes percepciones, unir en una sola las cualidades que corresponden a sentidos distintos: “el jardín de la puerta ha sonado tan fuerte”; en este caso, lo que pertenece a la puerta se desplaza al jardín, lo auditivo se instala en lo visual.

El teórico ruso Victor Sklovski (Todorov, 1991: 57-60) señala que el arte existe para dar la sensación de vida, para sentir más agudamente los objetos, y que la imagen poética es uno de los medios para crear una impresión máxima. Joaquín lo consigue preferentemente mediante la sinestesia, la elipsis, la paradoja, la hipérbole, el oxímoron, la metonimia y la sinécdoque. Todas estas imágenes contribuyen a potencializar, a cargar de sentidos la palabra, la frase corta, el verso y el poema, para revelar con mayor verosimilitud la percepción interior y exterior del mundo.

Israel González Ruiz (1997) dice que la poesía de Joaquín descende de Vallejo y “asume el ánimo experimental de los movimientos vanguardistas que surgieron en las primeras décadas del siglo XX, sin caer en los excesos del Dadaísmo o en la incoherencia de cierta poesía automática surrealista”; también señala que tomó de Vallejo la sonoridad y el desmembramiento de las palabras para expresar estados de rispidez o desasosiego, malestares del alma.

Luis Arturo Guichard (2010: 19) sostiene que la poética de Vásquez Aguilar fue pendular, y pasó de la “furiosa búsqueda vanguardista” de sus primeros poemarios (*Cuerpo adentro, Aves, Vértebras*) a “una más tranquila contemplación del paisaje y del entorno privado del poeta”, como según él se advierte en libros tardíos como *Casa, Cuaderno perdido* y *Erguido a penas*.

Otra contribución muy aguda para la comprensión de su poética fue la que hizo Tania Zenteno en su colaboración para el libro *Una ciudad llena de fantasmas. Estudios sobre Joaquín Vásquez Aguilar*. Zenteno (2012: 126) vislumbró en su ensayo el papel preeminente que tiene en prácticamente todos sus poemarios “la imagen del pájaro, las aves y sus equivalentes”. La garza, por citar sólo un ejemplo, contiene en su figura la nostalgia del estero y es simultáneamente una apuesta de Joaquín por la vida silvestre contra la inadaptación que sufrió ante el *modus vivendi* ciudadano.

La poesía del costeño no es, sin embargo, local—según sostiene Durán Ruiz en su libro *La errata en el crucigrama*. No se detiene allí, no constituye su propósito central aunque constantemente aluda a la vida familiar y al tiempo de su infancia. El tema esencial es el sufrimiento en tanto que raíz del hombre. El mundo es una herida, un padecimiento. El enigma de la existencia, de la vida del hombre sobre la tierra inquietó al autor de *Cuaderno perdido*; dijo a Elva Macías (1996:7): “Hablo de indagar por mí mismo qué demonios es estar aquí, en esta tierra, en aquel patio, solo, en este mundo, solo, a pesar de tanto poblamiento”. El hombre está condenado a la penuria existencial, a la contemplación de lo irreparable, de la muerte diaria, cotidiana. La vida se da a medias, porque el dolor, el agobio, la hiende. Hasta el amor sufre la amputación del agobio, como lo da a entender el título del poema “La mitad del amor”.

Vásquez Aguilar percibió el sufrimiento como una realidad apocalíptica, la manifestación de un mal inexplicable e ineludible; como

una visión trágica, en el sentido griego, porque está en relación con la fatalidad y con la inexorabilidad del tiempo que todo lo desgasta; es la tragedia ligada al orden cósmico.

La modernidad es un error, una enfermedad que penetra en el cuerpo del mundo y lo impurifica, un mensaje de que ha llegado el ocaso de la vida elemental y de sus valores. El mundo contemporáneo se torna cada vez más artificial, menos humano; sus habitantes se van desposeyendo interiormente. La sociedad se ha enajenado radicalmente, está en el mundo pero sin habitarlo espiritualmente. La poesía de Joaquín está más cerca de la inocencia de las cosas y de la recuperación de la antigua unidad no adulterada por la modernidad; su memoria ilumina y rescata el tiempo de la infancia, recupera lo original encarnado en el hogar, la infancia, los abuelos, los padres, los hermanos.

Como ocurre con la poesía de Vallejo, según Guillermo Sucre (1985: 113-139), la memoria devuelve la presencia del pasado, lo actualiza en su dimensión de éxtasis; a través de ella se vuelve a habitar en el mundo: evoca el de la infancia para rescatar la unidad perdida: es su único recurso de volver a habitar en lo primordial, en el fundamento. Dentro de esta significación se sitúa la referencia a los abuelos y a Chico Robles, en tanto que fundadores de Cabeza de Toro, hombres originales y elementales. Se observa en su poesía la nostalgia y el cariño por los hombres no tocados por la civilización del lucro, de la competencia, la prisa, el consumo y la enajenación.

El poeta de Cabeza de Toro resucita el edén perdido; pero como un recuerdo herido, que se escribe desde la ausencia y la penuria. No hay utopía; el hombre parece no tener salvación. Es una poesía escatológica en tanto que corresponde a una escritura de la pérdida; es constante la referencia al hogar en su encarnación de seguridad, invulnerabilidad, amparo. Si algo consagra la poesía de Joaquín es la vida primigenia regida por los padres dadivosos que otorgan el alimento, sobre todo el espiritual:

Hace muchos años
madre enfermó de asma de nervios de
hablar mucho de andar exprimiendo su pobreza
durante muchos años vendió pescado
hacía dulces de coco
hacía pan de vértebras mojadas

“Pan de vértebras mojadas” tiene el sentido de alimento espiritual brindado con amor y sacrificio. Las vértebras representan el sostén, la articulación amorosa, el fundamento. Se observa en estos versos la consagración del hombre a través de los seres postergados y elementales.

Vásquez Aguilar tuvo conciencia de la temporalidad, sabía que no se puede eludir el acoso del tiempo. El hombre y las cosas son acontecimientos en constante alteración. El tiempo no está fuera del hombre sino que constituye su condición; éste va montado sobre su flecha. Los seres amados y el mismo sujeto poético son referidos en su inestabilidad básica, en su transitoriedad inevitable. Por ejemplo, el padre Emeterio aparece en su ancianidad. El poeta lo contempla como si fuera la víspera de su desaparición.

Ochenta
dosmil lagartos
en los ojos del viejo Emeterio
pueblan su barba
por su lengua va y viene el cuchillo que descuartiza
de este modo
mientras teje el estero con ademanes
nos hace doler su espalda
su vejez de pie

Cuando el padre muere, la orfandad se acentúa, el dolor sensibiliza las cosas mismas, cada elemento del paisaje participa dramatizando la subjetividad del yo lírico:

desde el manglar me preguntaron las iguanas por ti
los bagres del estero también me preguntaron
el viento y sus gaviotas
tu canoa
tu atarraya

mamá me preguntó por ti

y yo tuve que hacer este recado
y ponerlo en el pico de la garza más blanca
a ver si en la blancura te encontraba
y lo amarre a la tristeza del pez más profundo
a ver en qué rincón del agua te encontraba
y se lo dije a la lluvia
en su gota más secreta
y al salitre en su yodo más recóndito

Muchos poemas son testimonios de ausencias dolorosas y enfrentamiento con una realidad carente. La poesía de Joaquín se estructura desde la perspectiva de la caída, de la sensación de ser arrojado del mundo elemental, desde su situación de adulto investido ahora por el sufrimiento.

El yo poético expresa su experiencia de sentirse vivir en una cárcel existencial. Vivir es hacerlo con dificultad, con el peso de las penas y el desgaste del cuerpo, como se observa desde el título de uno de sus poemarios: *Erguido a penas*; es decir, el hombre camina próximo a la tierra, a su borde, a su abismo. La vida pulsa sobre un fondo de muerte.

En su poesía existen dos tiempos y dos espacios que se oponen y en ocasiones, por la intervención de la memoria, concurren, tal como se observa en este poema de *Pequeño paraíso perdido*:

En mi ruta siempre hay dos espacios, dos vientos, dos tiempos en cuyo vaivén me desplazo desierto a corriente, quietud a vorágine, ciudad a mar; soy golondrina y tortuga, neumático y canoa, desorden y amanecer. Pino me resuelvo desde montaña hasta iguana de litoral; agitan mi melena céfiro azules lo mismo que sofoco de cárdenos días; vivo dentro de tierra candente lumbre como fuera de aguacero diario.²

Blanca Luz Pulido (2012: 23) muestra que hay en la obra de Joaquín muchas “familias” de poemas; bastantes de ellos crean, como sucede con la gran literatura, su propia especie, son sui generis. En ellos se mezclan, a partes

2 En la versión de *Poesía reunida*, editada por Luis Arturo Guichard.

desiguales, el dolor, la plenitud, las certezas y las pérdidas; observa poemas de tema amoroso en los cuales la nota dominante no es la zozobra sino el gozo compartido, como “Una ventana con Isolda”:

al otro lado del día
tus ojos
tu olor
-risueña voz
tu voz
aquí
mis manos
-diluvio de mis ojos
abriendo esta calle
donde comienzas para mí
toda derramada luna

tú

maestra de mi barro para siempre
(Vértabras: 29)

Pulido señala también que el movimiento es un tema central en la poesía de Vásquez Aguilar; lo constata mostrando la frecuencia con que aparecen verbos como llegar, ir, huir, regresar, caminar, llevar, comenzar, continuar, seguir, salir, crecer; este movimiento es problemático; implica una realidad poética en perpetua recomposición, huidiza, inestable, mutante. Dentro de ella son muy importantes las preguntas y afirmaciones de desconocimiento, pues generan en el lector la sensación de encontrarse frente a una creación y destrucción perpetuas y simultáneas: lo que se ve no es necesariamente lo que es, y lo que no se ve o no se sabe, lo que se desea y posiblemente llegará, adquiere la fuerza de una inminencia deseada, presentida siempre.

En el seno de esa perpetua zozobra velardiana —dice Blanca Luz— el amor, cuando llega a asomarse, origina un intervalo de plenitud, el espacio de la gracia: por el yo poético descansa (aunque el intervalo sea breve)

del carácter inestable de todo cuanto lo rodea. Esa zona de penumbra entre la certeza de la desdicha presente y la posibilidad raramente realizada de su opuesto, la plenitud, se manifiesta mediante la creación de un territorio donde las preguntas, airadas, repetidas, fuertes y sonoras, adquieren una entidad única. La duda, entonces, es la zona privilegiada en que se enmarcan muchos de los poemas de *Vérttebras*. “Dudosamente acato mi desdicha”, se afirma, en una clara contradicción puesta en marcha, y ese dudoso acatamiento se expresa en la rebeldía, la protesta ante una realidad intolerable, protesta expresada, justamente, por medio de preguntas.

Los títulos de algunos libros evidencian lo que en el presente trabajo se ha escrito sobre la poesía de Joaquín Vásquez Aguilar. *Cuerpo adentro* se relaciona con lo visceral, con sus andamiajes interiores, como él mismo dijo (Vásquez Aguilar, 1996: II): “yo me derramo, me desgarró, me desangro. Me derramo ahí en mis textos: este soy yo”. *Vérttebras* hace referencia a la columna vertebral y a sus treinta y tres vértebras, cada vértebra corresponde a un año. Treinta y tres años es la edad de la muerte de Cristo, el inicio del derrumbe del hombre: “la intensidad y la densidad a punto de quebrarse en el ser humano, su templo que es su cuerpo” (Vásquez Aguilar, 1996: 12). Casa tiene que ver con su entorno original, con el ambiente natural y familiar, el hogar amado. Aves sugiere libertad, ligereza, espectáculo aéreo de pájaros. Son las aves de los esteros de Cabeza de Toro, las peregrinas y las habituales, que devienen símbolos para el poeta. *Pequeño paraíso perdido* es su pueblo pesquero degradado, perdido no sólo históricamente sino también desde la perspectiva de la inocencia:

Es la nostalgia de lo que tuvo uno en la niñez. Mi pueblo ya no es el mismo de cuando te alumbrabas con candiles, ahuyentabas los moscos con cáscaras secas de coco. Mi pueblo ya tiene luz eléctrica, ya tiene televisión y antenas parabólicas. O sea, la virginidad que tú conociste de tu pueblo ya no existe: el paraíso perdido. Además, tu edad misma, todo ha ido cambiando y hay una nostalgia. [...] Este texto es otra manera de decir lo que escribí en *Casa*: ya no regresas para festejar qué bonito vuelo y que bonito es el estero. Éste habla del paraíso perdido, de Adán y Eva que ya no están en el jardín maravilloso: la conciencia de que las cosas ya no se miran con las miradas de niño, es una especie de tragedia (Vásquez Aguilar, 1996: 12-131).

Israel González Ruiz (1997) dice que hay en ciertos momentos de la poesía de Joaquín un abandono total al sufrimiento y gran incapacidad para trascenderlo: aunque en otros, el poeta resurge como efecto de la escritura, de la necesidad apremiante de “nombrar, de traducir su entorno: él y su cuerpo: él y los otros (su madre, su padre, sus hermanos, sus amores, sus amigos): él y la costa: él y la vida y su envés”.

La voz de Joaquín Vásquez Aguilar es voz profunda, única, pese a compartir rasgos con otras expresiones líricas de poetas hispanoamericanos, como es el tema de la orfandad, según observa Efrén Ortiz (1991: 121-131) en su ensayo “Chiapas: una literatura de la orfandad”.

A pesar de que Vásquez Aguilar integra aspectos del habla popular y familiar de Chiapas y de realidades características del estado como la pobreza, la marginación, el paisaje, la singularidad de su obra no reside en el uso de temas locales sino en temas de naturaleza universal. Dijo a Elva Macías (Vásquez Aguilar. 1996: II):

A mí me duele el ser humano en sí: por qué el ser humano es de tal modo y no de otro, por qué sufrimos, quizá por eso siento una coordenada con la poesía humanísima de César Vallejo. Vallejo se vuelve una de mis piedras angulares desde que lo descubro.

En el marco de esta concepción se entiende su declaración: “Mi estructura es interior siempre, parte de lo que me interesa, de lo que me penetra desde el exterior hasta mi interior” (Vásquez Aguilar, 1996: 11). Su poesía es universal, escrita desde la tierra que pisó.

Una mañana de un día de enero de 1994, su hermano lo halló muerto en su domicilio de Tuxtla Gutiérrez. Hace falta un estudio profundo de la poética de Joaquín Vásquez Aguilar. Aún no se ha accedido a su huella más significativa porque la poesía es el mejor testimonio de lo que vivió, de lo que también nosotros vivimos. Daniel Durán (2012: 59) recuerda la frase de Susan Sontag: “Las mejores obras son las que se dedican a escarbar infiernos, más que públicos, privados”, y dice que esta frase se amolda perfectamente a la obra de Joaquín Vásquez Aguilar; ahí ese otro atormentado, el monstruo que llevamos dentro y nos devora constantemente.

Vicente Francisco Torres (2012:47-48) dice que Vásquez Aguilar es en principio un poeta que nos transmite con alegría el ámbito tropical que lo vio nacer; canta el señorío de la infancia, el nacimiento del día, el mar y el estero; sin embargo, a medida que avanzó su desarrollo artístico y cambió al Chiapas ubérrimo por la capital hostil, su poesía se fue ensombreciendo. Los testimonios incluidos en el libro *En el pico de la garza más blanca* nos dicen que fue un hombre pesimista, poco esforzado de mantenerse en los empleos fijos, lo que lo llevó a una persistente pobreza y al alcoholismo que acabó con él.

Fue un hombre sencillo que amasó su poesía con dolor y desesperanza, pero la luz del trópico le insufló música y belleza; el resultado es una obra de celebración y dolor (el amor es un huracán que sacude el corazón del hombre), como era de esperarse en este poeta cristiano pero sin Cristo.

Bibliografía

- Beristáin**, Helena. *Diccionario de Retórica y Poética*. México: Porrúa, 2004.
- Durán Ruiz**, Fernando Daniel. “Días de terrible mar”, en José Martínez Torres y Antonio Durán Ruiz (coords). *Una ciudad llena de fantasmas. Estudios sobre Joaquín Vásquez Aguilar*. México: SAMSARA Editorial / CEUNACH, 2012.
- González Ruiz**, Israel. *Joaquín Vásquez. Poesía reunida* (inédito), 1997.
- Macías**, Elva. “El paraíso en la tierra. Entrevista con Joaquín Vásquez Aguilar”, en Joaquín Vásquez Aguilar. *Pequeño paraíso perdido*. Tuxtla Gutiérrez: Universidad Autónoma de Chiapas / Colegio de Bachilleres de Chiapas, 1996.
- Martínez Torres**, José. “Joaquín Vásquez Aguilar en la literatura chiapaneca”, en Joaquín Vásquez Aguilar. *Pequeño paraíso perdido*. Tuxtla Gutiérrez: Universidad Autónoma de Chiapas/Colegio de Bachilleres de Chiapas, 1996.
- Ortiz Domínguez**, Efrén. *Lecturas y texturas*. Jalapa: Gobierno del Estado de Veracruz, 1991.
- Pulido**, Blanca Luz. “Las preguntas y las incertidumbres en *Vértabras*, de Joaquín Vásquez Aguilar”, en José Martínez Torres y Antonio Durán Ruiz (coords.). *Una ciudad llena de fantasmas. Estudios sobre Joaquín Vásquez Aguilar*. México: SAMSARA Editorial / CEUNACH, 2012.
- Sucre**, Guillermo. *La máscara, la transparencia*. México: Fondo de Cultura Económica, 1985.
- Todorov**, Tzvetan (comp.). *Teoría de los formalistas rusos*. México: Siglo XXI, 1991.
- Torres**, Vicente Francisco. “En el pico de la garza más blanca”, en José Martínez Torres y Antonio Durán Ruiz. *Una ciudad llena de fantasmas. Estudios sobre Joaquín Vásquez Aguilar*. México: SAMSARA Editorial / CEUNACH, 2012.
- Vásquez Aguilar**, Joaquín. *Cuerpo adentro*. Tuxtla Gutiérrez: Universidad Autónoma de Chiapas, 1978.
- . *Aves*, México: Ediciones Rodrigo Núñez, 1980.

- . *Vértebras*. México: Fondo de Cultura Económica, 1982.
- . *Casa*. Tuxtla Gutiérrez: Universidad Autónoma de Chiapas, 1984.
- . *Cuaderno perdido*. Juchitán: Casa de la Cultura de Juchitán, 1989.
- . *Erguido a penas*. Tuxtla Gutiérrez: Gobierno del Estado / Instituto Chiapaneco de la Cultura, 1991.
- . *Feminario*. Tuxtla Gutiérrez: Colegio de Bachilleres de Chiapas, 1992.
- . *Poesía reunida*. Luis Arturo Guichard (ed.). Tuxtla Gutiérrez: Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas / Juan Pablos Editor, 2010.
- Venegas Díaz, María del Carmen Marcela. “Notas para una biografía”, en José Martínez Torres y Antonio Durán Ruiz. *Una ciudad llena de fantasmas. Estudios sobre Joaquín Vásquez Aguilar*. México: SAMSARA Editorial / CEUNACH, 2012.
- Zenteno, Tania (2012). “Las aves en la poesía de Joaquín Vásquez Aguilar”, en José Martínez Torres y Antonio Durán Ruiz. *Una ciudad llena de fantasmas. Estudios sobre Joaquín Vásquez Aguilar*. México: SAMSARA Editorial / CEUNACH, 2012.

A petición del mar

escribo

como el que por primera vez se ve las manos
y tiene sed
y bebe golondrinas

no dejo más huella
que la de mis pies en la arena del mundo

porque como nací pájaro
crecí árbol
y llegué camino

sólo tuve
la vecindad del viento
su puerta
su morral
su tinaja de agosto
juegos
hermanos
abuelos (con su tos y todo)
tíos
novias
y padres
morenos diariamente
resbalándoles el sol
para el maíz
(por eso recuerdo siempre
alegría de camisa rota
y corazón alrededor)

pero los juegos se quedaron en las calles
después las novias en las cartas
y un día
los abuelos nos vistieron de negro

y el pueblo
en fin
partió a caballo hacia el recuerdo

qué queda, pues, entonces
sino siempre el viento y sus historias
y nuestra espalda con su dolencia de estaciones
y unas ganas inmensas de retornar
quién sabe a dónde

24

entró en palmera mi dolor
salió de sus palmadas inmediatas
en puerto han acabado los barrotes del cráneo
el grito en pájaro

en qué termina el mar	sino en gaviotas
en qué la luz	sino en amor
y la sombra	en amor
y la luz y la sombra	sino en cuerpo
y el planeta inseguro	sino en día
en qué termina el asfalto	sino en peatón airoso
en qué el payaso	sino en pupila humana
en qué el camino	sino en nuestra casa

Cosa feroz

tus besos ya no contienen el mismo licor:
alguna telaraña camina por tus labios
algún bicho invasor manosea tus vasos
algo violenta sombras contra tu risa
y hace más ralo el calor de tus manos
y menos caña la caña de tu boca

Hace muchos años

hace muchos años
madre enfermó de asma de nervios de
hablar mucho de andar exprimiendo su pobreza
durante muchos años vendió pescado
hacía dulces de coco

hacía pan de vértebras mojadas
era única
era ideal
era jodona
la esposa fiel
madre todavía
igualita

Casa

mi caverna está bien
un poco oscura
pero es el modo de guardarme
de tanta luz
de tanta electricidad hasta el fisco
mi país está aquí
alrededor de mis pocas palabras
en mi árbol más cercano
en mi carreta con aire
en mi padre que es muy garza
muy canoa
el agua
y la lluvia

Poema con muerte acalorada

me pongo a discutir con mi muerte
y me acaloro
y nos acaloramos
y en llamas
seguimos discutiendo

se necesitan trancas
fuertes sogas
ríos enfurecidos
para detener mi muerte

mi muerte echó a correr como un caballo

agárrate
viento
que traigo
mi muerte relinchando
mi muerte desbocada

¡ay!
mi enloquecida muerte

Poemuerte

(canto a miquiztli)

porque te encuentro a cada paso
a cada inmensidad del viento
en cada gente que me mira como quien sabe pájaro.
porque acudo a mis raíces
y te descubro formando parte de mi risa, de mis ojos.
porque la tierra y el pueblo
y porque duele en el costado
algo que me entristece hasta el amor
te platico estas cosas
compañera

Días de lo oscuro a lo azul

soy
como aquel que está solo
y rompe su espejo

el que se quedó muriendo su edad
con una carta

el de siempre corazón a la mitad

el golondrina

Alicia

te asedio
como los tambores en la selva
como el homosexual en la madrugada
como los pasos en el esquizofrénico
como la linterna del policía
como el conde drácula en la ventana
con la serenidad del asesino
con la ansiedad del paranoico
en el escenario del púgil
en la calle de la decisión
en la esquina de la inminencia
donde muere la cruz y nace la cruzada
donde duerme la cuna y despierta el hambre
donde termina el país de las maravillas
y comienza la isla de las persecuciones

Aves

I

tuvo su grieta
su república hinchada
tuvo ese uniformado diente hincado como un fusilamiento
exactamente allí en el lado izquierdo
del mundo
en el lado en que se ama y se odia y se pelea y se enloquece
allí donde brinca la pena como un sapo enfermo
donde la rabia me como un topo infinito
tuvo también allí su novia
su familia
y todo lo que se quema y se congela allí lo tuvo

pero para qué
para qué
digo para qué escribir sus memorias
si no vale la pena

IV

cómo le gustaban los polvorones de las cinco de la mañana
cómo le gustaban las cinco de la mañana
cuando los pájaros están a punto de abandonarla noche
los polvorones que se deshacían en la taza de café
cómo le gustaba el sombrero de su hermano mayor
cómo le gustaba acompañarlo a cuidar la milpa
diariamente
cómo le gustaban los pájaros poblando el aire de la mañana

Vértebras

I

Me soneto a tu cruz. No a la ecuación
mecánica asustándome la fiera,
pero a la carpa donde desespera
la fuerza diaria soportando el son,

el ritmo doble de la sinrazón
y del esquema. De la tumba esfera
donde dan vueltas fiel mi calavera
y el pan enorme de mi corazón.

¿A qué jugar entonces, mala fuente?
¿A qué seguir tus pasos, dictadura?
Dame tu brazo, nómada, serpiente;

las bendiciones de tu mordedura.
Soy una lengua pura que se miente
y se castiga y permanece y dura.

X

la piedra sólo se mide por su terquedad inagotable
el látigo sólo se mide por su dictadura inagotable
y yo me mido a caballo relinchando entre el sudor inagotable
para que esa gafa hostil se rompa en ciegos merecidos
para que esa bota hija del fango cercene el pie que la sustenta
para que incluso el viento nasal nos ponga a salvo
del doble filo de la amnistía
así siempre tengamos que correr
a través de los bordes de tornillo

Días del terrible mar

me siento un poco más abandonado esta tarde
no sé por qué se me muere otra pluma y todos callan
y nada suena en la guitarra
que no sea esos árboles sin viento
es el tiempo de estarme
con alguna tristeza más adentro y más viejo
como quien ve morir el sol desde su patio y mira
y mira
y mira
pienso mi manera
de no poder andar abierta la mirada
y se me mueve el mar por dentro
no quiero decir llanto
no me gusta

ni decir soledad

iconsuérame. camino,
y regálame pasos que no tengo!

Poema con octubre en la ciudad

me estoy saliendo al patio a caminar
cada mañana cada tarde
al patio de mi casa mientras es octubre
mi casa quedó atrás

y escribo

y mientras es octubre y escribo
el recuerdo se me vuelve mi casa con su patio
y salgo a caminar

35

cada mañana cada tarde

cada olor de limón
cada pájaro
cada mirada padre
cada mirada madre
cada mirada hermano

y también canto

estoy sentado
en algún lado de alguna ciudad con todo su ruido y su metal

pero ando caminando por octubre
mientras es el patio de mi casa

pájaro
limón
pájaro

mi casa con su puerta vieja
y con mi perro
mi casa
mi perro

y tengo cienmil pasos por el polvo
y tengo el camino y la vereda
y cien mil pájaros tengo

mientras es octubre

Soneto que no entra a la ciudad

Yo no habito ciudad. No. Me doy cuenta.
Y me doy cuenta sombra que ando un poco
luz. Ciudad que no habito y cuyo foco
oscuro, cuya lámpara sedienta

de mí, de mi silencio (que me orienta
a la luz, a las voces con que toco
el paso de mi sangre y mi loco
seguir en mi tristeza y mi osamenta)

se muere de chocar contra mi canto
de árbol; mi rudo ir de campesino
a pie sobre la tarde. Y me levanto

y adelgazo mi palabra hasta un fino
ayer de viento: Y a la ciudad canto:
“Mi habitación es pájaro y camino...”

Soneto pluvial

lluvia anunciándose. lluvia con sonido
de lluvia que se acerca como denso
panal bullente. lluvia como extenso
oleaje de un mar cayendo con ruido

de dioses, con atronador zumbido
de río colosal, de saurio tenso.
lluvia mayor, lluvia del más intenso
y más salvaje y más feroz rugido

torrencial. lluvia que trae más lluvia
y más agua y más mares y más lluvia.
violenta lluvia, ronca. lluvia tal

que su furor lluvioso hartado de lluvia
rompe el último cerco de la lluvia
más sorda y más atroz, lluvia total.

negro corcel de sonidos
galopa no galopa vuela
vuela sonoro
golpe en el tambor del tímpano
eclosión de crisálidas
torbellino de sombras
el anciano toca el tambor
la noche desciende
toda la oscuridad por dentro
el tambor resuena
la flor se abre

se abren alas
brazos libros puertas
ojos manos
se abre un secreto
el puñal penetra hasta el puño
las venas se abren
encendida sangre vierte la noche
bulle la sangre
chorrea la sangre
el puñal arde por dentro
en la cavidad resplandece
clavel ardiente
la noche arde
rojo corcel se aleja
tamborileando sobre las estrellas

Canción

lejos está la ciudad
y mi madre me dijo
como estás
hijo

y mi padre me dijo
que viaje tan largo en tus ojos

y mi tío a caballo
pasó saludándome
con su voz
grande

40

tengo en las manos el mar
y en los pies a mi abuelo
y mi novia
lejos

y me vuelvo rural
qué viejo corazón de pueblo

vengo de lejos llorar
y mi madre me dijo
como estás
hijo

dios falló al conferirme el corazón
y el diablo al marginarme de sus huestes

por tanto convertí mi aire en humano

mi voz en humana
mi paso mi paladar mi habitación mis estaciones mi ademán
mis ratos malos mi quehacer en humanos

¿en qué pues ahora fallo?
¿dónde el error de mi fealdad honesta?
¿qué personaje de mi cuerpo pide ayuda?
¿qué flaquea en mi aire
¿qué se hunde en mis embarcaciones?
¿en qué resquicio localiza espaldas tu puñal?
¿en qué casa de mi pueblo te escondes general enemigo?

La mitad del amor

la otra el muro la frontera
el llanto el arma la protesta la muerte
la soledad el pan gruta que nos parió

la una para mamá y papá
qué vejez
qué jícara a la mitad

la una para mi hermano mayor que todos los días
todas las noches pesca y su casa no acaba y su mujer
 más hijos
más trabajo más barrer más qué más

la una para diariamente con Enrique ya crecido
 a mujer
y dos hijos y más duro a la pesca ni modo
y con Beto que regresó con mi cuñada y sus niñitas
 de la
capital (el varón se quedó con los suegros por lo de
 la escuela)
sin trabajo y sin dinero y con ganas quién sabe
 de qué
y con Cupertino que recién se casó y abandonó
 a su compañera
por otra pero se tuvo que arrepentir y volvió
 con su mujer y se
fuepa'dónde a esconderse (madre llorando,
 padre resignada
 su cana
 caramba

la rueda rueda
caramba)
la una para Lupito que pasó el examen de admisión
para estudiar
en la escuela náutica y ser ingeniero en máquinas
marinas
papá vendió el terreno pero Lupito será ingeniero
papá se tiene que operar pero será ingeniero
mamá reza (será ingeniero, ya verán) todos los días
reza
llora trabaja

la una para Lupito es estudioso será ingeniero
se lo merece

la otra

la mitad del amor

Regresos

ya no tiene remedio

ya no tiene remedio esta lluvia
que horizontal te busca
te persigue
cuando escapa de mis poros
un palmo del desierto que me hiciste

ya no tiene remedio el agua
el río que soy desde mi puerto solo

44

ya no tiene remedio el cántaro que llevo
en la quemazón del mediodía

no me moja la luz donde no estás

*

ya no tiene remedio
pero vuelvo siempre
a tu arena querida
a tu frescor

vuelvo
así sea en ráfagas

así en cabizbajo amor
así en altar abandonado

Si quieres conocer la vida

si quieres conocer la vida
amárrate los zapatos /anuda
bien tu corbata /quítatela
no existe ni el zapato ni
la corbata /el sueño es una
instancia de la vida /pero
no es la vida /la lluvia sí/
también el árbol /la madera
en que duermes /el
amanecer en que despiertas/
tómalo /haz tuyos la tristeza
y el placer /suponte que eres
cien /brinda contigo.

(Apunte)

yo no sé para qué quieres mi mano
si por ella

me salí a cinco rumbos,
un día,
desconcertado,
borracho de mi vida

yo no sé para qué la quieres
si ya no tiene canciones
mi mesa
ni papel
ni tinta para hacerlas

yo no sé para qué quieres mi mano

La culebra del susto

la culebra del susto
desapareció para mi sobrina
las muñecas de nunca
también desaparecieron
los dulces regateados
las sábanas orinadas
el moño
la primaria
la diminuta cocina
ahora mi sobrina tiene los ojos huidizos
el cabello oloroso
el primer novio
los alfileres de abril

La buena cosa de vivir

la buena cosa de vivir
el aroma diario de los pies que no descansan
el aceite del cuerpo en la sartén del sol
el caso de amar
el enloquecer
de vivir hace cien años
ayer
hoy que platico de los precios altos
del gobierno y del frío que hará mañana
comer
volar
el buen suceso de tener hambre
de los gordos preocupados
de la embarazada
de hacer lo mismo que las moscas
vivir
¡qué cosa!

Los mares de mi padre

por todos los mares ha andado mi padre
por los de la sangre de su próstata muerta

por el de las doscientas gruesas de bagre cuando
pescaba con mi tío Ventura allá en Garcilla,
en el estero
de la joya, hará unos treinta años
por el de la Ciudad de México, a la que no quería
ir porque decía que iba a morir de frío, de ruido,
de aplastado

49

por el de sus inevitables borracheras antes de que lo
operaran (¿qué pescador no se ha emborrachado
nunca bajo
los mangos y las palmeras, entre mortuales
y casorios?)

por el gran mar de mi abuelo
rodeado de espantos y respeto,
fundador de Cabeza de Toro y de nosotros

por el de mi madre
costilla para siempre de su cama
de su quehacer
de su vejez

por el del pueblo.
del que conoce muy bien sus juntas ejidales
sus difuntos
su condición de pequeño juguete de la política

por el de sus compadres innumerables

y también por los mares del canto de Jack London
en los que gusta internarse por las tardes
acostado en su hamaca

Otro poema a Isolda

me acuerdo

sonreías tan adentro de mis ojos
(del aire de mis ojos)
a veces llorabas este pinche mundo como tú decías

éramos amigos
y me platicabas de tus hijos

51

me acuerdo

una vez te dije estoy enamorado de ti
y abriste tu sonrisa como un paisaje

pero sabíamos bien el rumbo de nuestras tristezas
en nuestro clima sobraban las palabras

me acuerdo

un día querías volcar tu escritorio en la oficina
y mandar al diablo papeles y la ciudad entera

te di una mirada como un abrazo

me acuerdo

íbamos a tu casa
nos recomendábamos libros
tomábamos café

Lo que muestra la puerta

lo que muestra la puerta, no lo que esconde, me da miedo.
me da miedo tu mirada, no tus ojos.
si tu lengua se enrosca de tal modo al hablar, me da miedo.
me da miedo la luz, por lo que muestra de las cosas.
me da miedo la sombra, por los gritos que oculta.
me da miedo la vida, por la muerte.
miedo de que no todo salga bien a la hora de amar,
la hora de entregar universo tiernamente.
me da miedo también el sur sin el norte,
me da miedo la pala, por el muerto.
me da miedo la muerte por esto de la vida.

Taza de café

para Adriana

eres
entre mis manos pensativas
una nostalgia negra

en la mañana que tiritita
un recuerdo caliente

en la noche sin cama
humeante despedida

en mis labios ya secos
madrugada profunda

Desempleos

mi paisana me dijo
sí paisano
es de Tapachula
soy la dueña
es joven
y estamos publicando a poetas jóvenes
es guapa
pero un trabajo para ti
es rica
búscame el lunes
es muy mona
a ver qué te consigo
es igual que todas

Recado de familia

en memoria del viejo Emeterio, mi padre

I

desde el manglar me preguntaron las iguanas por ti
los bagres del estero también me preguntaron
el viento y sus gaviotas
tu canoa
tu atarraya

55

mamá me preguntó por ti

y yo tuve que hacer este recado
y ponerlo en el pico de la garza más blanca
a ver si en la blancura te encontraba
y lo amarré a la tristeza del pez más profundo
a ver en qué rincón del agua te encontraba
y se lo dije a la lluvia
en su gota más secreta
y al salitre en su yodo más recóndito
y al más fino pliegue del vestido negro
de mamá y las hermanas

padre

que estamos esperando
alguna brisa tuya entre las ramas de los mangos
algún indicio de tu nombre en el polvo del patio
algo que nos diga cómo te va

don Emeterio
cómo la vas pasando allá
en esa oscuridad que brilla
al otro lado de nuestras lágrimas

II

naufrega mi camisa, mi ropa toda en la Ciudad de México.
estoy a punto de otras ciudades y no puede mi piel,
no resiste mi piel en sus costras horribles.
mi edad me empuja hacia hoteles oscuros,
solitario en mi sangre que me apura, me exige.
naufrega mi cuerpo en alcoholes desatados
pues me avisan que has muerto, padre,
y ni siquiera tu muerte conduce el mundo
del otro modo, de otro mirar, de corazón que me rescate.
me avisan que la casa está sepia
y mi madre toda oscura en su butaca, aquella
que le hiciste un día de mayo.
que los nietos aún se asombran cuando no te ven
como a diario bajo el chicozapote tejiendo tus atarrayas,
tus hamacas.
y yo, a tres meses de tu muerte, no hago nada por evitarme
esta tristeza que me nubla,
esta desesperación que golpea mis hígados,
este David sin honda que soy,
este olor a suicidio que me ronda

III

con tristeza te digo que el corral
es el mismo.
que no hay vaca más acostumbrada que aquella
mecanógrafa;
que no hay escritorio más fijo en su cuadra

que aquel subsecretario,
questa directa paga,
quesas educaciones con oratoria y aplausos.
así qué relinchos no entonan su pasión
por la patria,
así cuánta pastura sobra en la oficinas,
cuántos rumiantes caben en los bolsillos
de los periodistas,
así qué viento no me dolerá,
así cómo no refugiarse en tu recuerdo

riela el calor del mediodía en Tuxtla
la indígena limosnea sentada
el lustrador se rasca su mugre
el maestro D sonrío libidinosamente a la muchacha que pasa
el café es un pedazo inútil de tedio
quiero una máquina de escribir para mi estatua.

a jenny

de perder a perderte
de perderme a puñal
de sur a contranorte
de río arriba
de cuerdo a loco
de encontrarte encarnada
de muchos días en uno
yo no supe seguir cantando
yo no supe color albísimo
yo no pude dar
yo no pude recibir
yo no te pude amor

yo no me pude más allá
yo no me quise hasta adentro
hasta altura

por la calle larga
alguien camina con mis pasos
la ciudad es de plata, es de papel
alguien muere en la esquina
alguien, más allá, nace
todo parece correr con la naturalidad del tiempo
y detenerse a veces en la esquina
todo parece para mis ojos como diariamente
salvo que un día
por la calle larga que se vuelve un niño de pronto
mis pasos me los pongo
conozco los relojes con sus horas hechas de carne
y conozco todas las cosas que veo subir desde lo que era
un sueño y se ha roto
después viene la noche
y me digo que ya vendrá otro día, talvez

Garza de querer

Garza de querer anidar la vida al viento
pelicano despreocupado de mi sufrir amar
un descansar hamaca en la tarde sedúceme
y la parvada alárgame la nostalgia del mar
más pésame el café bullicioso de la ciudad
y llámame el camarón desde el fondo del restorán
así ganas me dan de una mujer y llorar
o ser un pez espada en el congreso de la paz
mas la locura es hambre y es tristeza sin par
y sin bolsas prefiero mi lluvia y mi manglar.

Planear en tono gris

Planear en tono gris
tono de cielo y viento
a las cinco de un atardecer
al repetirse diez amaneceres
en octubre o febrero, paz sin lluvia
cuando el mar es un viejo pescador infinito
y la montaña una tortuga con raíz de manglar
tirarse a nado entre las nubes
con agosto en el centro del relámpago
y el abundante julio hecho sandía
hamaca, pez, iguana
repartiéndose el trópico
entre la clorofila de las doce
y el incendio total de las cigarras
mar que todo lo dices
pleninoche de sal, astro y candil
¡qué despierta te duermes!

Yo hago lo que puedo

Hago lo que puedo
de los seis litros y medio
hago lo que puedo
de tres comidas
hago lo que puedo
de lo inútil
hago lo que puedo
de tus pechos —orégano y sandía
tomate y candelabro—
hago lo que puedo
de tu vientre siempre verde
que muerde siempre
hago lo que puedo
de tu cuerpo redondo como sábana mía
como luz sin descanso
hago lo que puedo
de tu canción, de tu dolor, de tu espera,
amiga, amor
yo hago lo que puedo.

Por estas alas

donde anidan lugares
donde tiene su ruta el sur
por este camino
donde pasan los de a caballo
donde llueve y se canta
donde se llega al mar
por esta caña que crece
por este río que sigue pasando con su saludo
por este amanecer

62

asumo la contienda

Solía utilizar las servilletas
para sufrir un poco la vida
para cantar un rato mientras aullaba la soledad
muy cuerpo adentro, casi lejos,
como un coyote solitario
solía soltar un poco el hilo de su tinta
solía trazar líneas delgadísimas como ausencia
solía amar a secas
solía rascarse mientras sentía cuánto, cuánto

Magresal

A la orilla del estero de Cabeza de Toro, cerca del embarcadero, hay un magresal. Es el árbol más viejo de todos. Es tan viejo que se le han caído todas las hojas, como a mi padre se le ha caído el cabello. Tal parece que ha estado allí desde siempre, desde la raíz de los siglos. Todavía sigue de pie a pesar de que por él han pasado todas las calamidades, chubascos, inundaciones, temblores, quemazones, comejenes. Además de ser el más viejo es también el más corpulento. De él podrían salir montones y montones de leña para abastecer por días y días los fogones de las casas de la rancharía. Al amanecer, cuando se viene de pescar y el estero se abre al día con el verdor fresco del manglar y la alegría blanca de las garzas, el magresal se alza con su grotesca figura esquelética y ceniza. Siempre lo he visto con ese color cenizo, como de salitre sucio. En la época en que iban a matar a mi tío Juan todavía daba hojas y dicen que su aspecto no ha cambiado mucho. Lo de mi tío Juan pasó bajo este mismo árbol y fue por lo de una canoa robada. Empezó la cosa como simple discusión pero luego el otro sacó una daga y lanzó un tajo; el cuchillo se clavó en el tronco del magresal y en ese momento intervino mi padre con su enorme estatura y su vozarrón y aplacó al ventajoso. Ahí quedó todo. “Esa puñalada iba a ser para mí, tengo que borrarla”, dijo mi tío y al poco tiempo le prendió fuego al magresal. El humo se elevó por varios días hasta que un aguacero lo apagó; sólo llegó a quemarse una parte del tronco y algunas ramas bajas. Y ahí sigue aún, seco y pelón, con su eterno color cenizo. Tal vez por eso es el árbol preferido de los zopilotes. Cuando los primeros pescadores van arribando al embarcadero ya están trepados en el magresal, al acecho de la tripa de pescado; es su comida preferida. De ahí a lo que falta del día los zopilotes no se van; ya muy alto el sol sale el último pescador pero los zopilotes no se van. Como que ya le tienen cariño al magresal, como que en sus ramas encontraron el sabor de la confianza. Y si uno se pone a pensar que estas aves cometripas son las mismas, y no otras, que llegan todos los días al huesudo árbol, uno se dará cuenta de que así es:

se dará cuenta que ya le agarraron gusto al magresal y a la tripa de pescado; que no les importa otro árbol ni otra comida. Pasa lo mismo con esos zopilotes que nunca se bajan del cielo, cuando el cielo es azul, azul. Andan allá arriba volando suavemente, haciendo círculos en el aire, como jugando, como si hubieran nacido para estar volando siempre. O como esos otros, a los que uno encuentra comiéndose algún animal en medio del camino cuando va al potrero, o viene con el tercio de la leña al hombro. Esos son los zopilotes que se comen todos los animales muertos. Es como si Dios hubiera repartido a unos para que estén volando en el cielo y a otros para que se coman la cosa muerta, los desperdicios. Así dice mi padre; o mejor dicho, decía; el pobre ya no puede hablar porque está por morir. Mi madre se ha pasado velándolo desde antenoche en que le arreció la calentura y se puso más grave. Esa tos cascajosa de los últimos meses lo tiene así de enfermo y lo está matando; tal vez porque fumaba mucho. O a lo mejor es la vejez. Sí, eso debe ser. Ya está muy viejo. Es cierto que mi madre ya está vieja también pero no tanto como él. Cuando se casaron ella tenía apenas dieciséis años y él era ya un robusto pescador que rebasaba los treinta. Eso nos cuenta ella: “Era tan fuerte y trabajador”, se lamenta y echa a llorar. Ahora mi padre es un anciano y se va a morir. A mi tío Juan ya le tocó, lo enterraron no hace mucho. Si aquella vez bajo el magresal tuvo la suerte de no morir, ahora sí. Ni modo, así es esto de la muerte, ni sabe uno. Tal vez por eso anoche soñé que el magresal se derrumbó todito a causa de la gran zopilotada que se le acomodó encima. Primero llegaron unos pocos; después llegaron más y más, amontonándose en el magresal; ocupándolo todo; después unos sobre de otros. Hasta que el añoso árbol no aguantó tanto peso y se vino al suelo, así, sin ruido. Ya no vi o no me acuerdo si los zopilotes murieron en el porrazo o salieron volando alborotados.